



El último juego

J. D. Barker



DESTINO

El último juego

J. D.
Barker

Traducción de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1573

Título original: *A Caller's Game*

© 2021 by Jonathan Dylan Barker

All rights reserved, including the right of reproduction in whole or in part in any form Hampton Creek Press is a registered Trademark of Hampton Creek Publishing, LLC

© por la traducción del inglés, Julio Hermoso, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-233-6140-3

Depósito legal: B. 4.162-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Jordan

—¡Venga ya, no me jodas! —Jordan Briggs estampó la palma de la mano sobre el claxon del coche y sacó el dedo corazón por el techo solar abierto de su Audi R8. Se había visto obligada a clavar los frenos, y se le partió el tacón del zapato en el instante en que fue a mover el pie de nuevo al acelerador—. ¡Son mis Louboutin favoritos, cabrón de mierda!

En respuesta, un brazo musculoso salió por la ventanilla del camión de la basura y le enseñó el dedo con un leve balanceo.

—¿A quién le gritas, Jordie?

Jordan tomó nota mentalmente del número de teléfono que figuraba en la parte de atrás del camión, debajo de la pegatina que rezaba «¿Qué tal conduzco?».

—¡Maldito basurero! El tío se ha incorporado a la Cuarenta y nueve desde Madison sin ceder el paso y se ha quedado tan pancho. Es que no ha frenado siquiera. Joder, que casi me arranca el frontal del Audi.

Se quitó el zapato, examinó el tacón roto y lo tiró a la alfombrilla del asiento del acompañante.

—¿Vas conduciendo? Pero ¿por qué vas conduciendo tú? Mierda, espera..., ¿todavía vas por Madison? ¡Que entramos en antena en seis minutos!

—Me marcho luego a los Hamptons, en cuanto terminemos, y me ha parecido una tontería llamar al chófer

para que viniera a casa a recogerme y después tener que volver otra vez hasta Connecticut para coger mi coche particular al cabo de unas horas.

—Frank siempre te trae puntual.

—Que le den a Frank.

El tráfico avanzó un metro y medio y se volvió a detener. El conductor del camión de la basura completó su invasión del espacio circulatorio de Jordan y estuvo a punto de rozarse contra un SUV Lincoln que estaba en el carril adyacente. Seguro que iba con el móvil. Todo el mundo iba con el móvil. Para qué vas a prestar atención a lo que haces mientras circulas por Nueva York. Los coches prácticamente se conducen solos.

Capullo.

Jordan bajó la mirada a la radio del coche, una molesta costumbre que no se veía capaz de evitar cada vez que tenía a alguien en el manos libres.

—Billy, escribe esto en la pizarra: hashtag 22022022.

—Vale. ¿Qué es?

—Y esto también. —Recitó del tirón el número de teléfono de la pegatina del camión.

—Lo tengo. Oye, no me habías dicho que iba a venir tu marido, y hoy están pintando tu despacho. He tenido que meterlo en la sala verde con el senador Moretti.

—Exmarido. Y no te lo había dicho porque no lo sabía. ¿Te ha dicho qué quiere?

—A mí nadie me cuenta nada, eso ya lo sabes —respondió Billy—. Se ha traído a Charlotte.

—¿A Charlotte? La niña debería estar preparándose para marcharse al colegio.

Él debería estar preparándola para el colegio.

Charlotte ya había faltado demasiados días a clase tal y como estaban las cosas. No podía permitirse que su hija repitiera sexto curso: ¿qué imagen daría eso? La prensa se iba a poner las botas.

—Por favor, dime que ya estás cerca —rogó Billy por los altavoces del coche.

Había avanzado por lo menos dos metros y medio en el último minuto. Menudo progreso.

El reloj decía que faltaban cuatro minutos para las seis.

—Ya veo el edificio desde aquí —respondió ella.

Y lo veía, casi dos manzanas más allá, con una pantalla en lo alto, iluminada con el resplandeciente logotipo de SiriusXM.

Jordan volvió a tocar el claxon. Le pareció lo suyo.

Avanzó otro metro.

¡Vamos! Claxon.

Billy suspiró.

—En *The Today Show* tienen a Meghan Trainor esta mañana.

—¿En serio?

—Por eso las colas en el Rockefeller Center. Es el último de sus conciertos de verano.

—¿Todo este tráfico es por Meghan Trainor?

—Podría ser peor. Al menos no tienen a Ed Sheeran.

—¿Y por qué no tenemos nosotros a Ed Sheeran? No quiero hablar con otro senador, y menos justo antes del fin de semana. Tío, los políticos me cortan mucho el rollo.

—Lo han programado directamente desde las oficinas corporativas. Creo que es amigo de Greenstein, o tal vez de Goldblatt.

Jordan chasqueó la lengua y avanzó otro medio metro.

—¿Ahora nos dedicamos a programarles entrevistas a los amigos de nuestras oficinas corporativas? Te pago para que impidas ese tipo de cosas, Billy. Te pago para que me traigas invitados como Ed Sheeran.

—¿Quieres que llame a *The Today Show* y que haga que Meghan Trainor se pase por aquí cuando termine con ellos? Tengo el número de su representante por ahí, en algún sitio. Seguro que te la puedo conseguir.

—Billy, yo no me acuesto en una cama que acaba de deshacer otro.

El tráfico a su izquierda se estaba moviendo. ¿Por qué su carril no avanzaba? Podía meter el morro del coche a saco, pero iba a tener que echarse a la derecha otra vez en cuestión de una manzana.

¿Merecía la pena?

A lo mejor...

A lo mejor.

Jordan se agarró al volante, deslizó el pie al acelerador y...

Un autobús se acercó por la izquierda y se detuvo. Le cortó el paso.

Maldita sea.

Demasiado tarde.

Billy debía de tener el micrófono del teléfono tapado. Aún podía oírlo, pero la voz sonaba amortiguada. Sonaba como si estuviera gritándole a alguien. Volvió un instante después.

—Jordie, necesitamos un plan alternativo. No vas a llegar a tiempo.

—Sí voy a llegar.

El reloj marcaba las seis menos tres minutos.

No iba a llegar.

El autobús a su lado llevaba un cartel publicitario de su programa en el lateral. A TODO TRAPO CON JORDAN BRIGGS en unas letras enormes de más de medio metro con una foto promocional que le habían hecho más o menos en la misma época un año antes. Odiaba esa foto. Odiaba todas las fotos promocionales: ella continuaba envejeciendo, y las fotos no. Pero no solo eso, sino que además alguien las pasaba siempre por alguna clase de filtro mágico de Photoshop estilo Barbie de Malibú que le daba un aspecto prácticamente perfecto. Ella no era así. Era como verse reflejada en un espejo desde el que una mejor versión de ti misma te miraba desafiante y se reía de ti.

Menos de dos minutos para las seis y más de una manzana y media para llegar. El tráfico estaba ahora completamente parado.

Alguien del autobús la reconoció y se puso a llamarla a gritos.

Jordan subió su ventanilla y se ocultó tras el cristal tintado. También cerró el techo solar. Lo último que necesitaba ahora era que alguien le lanzase un batido de espinacas al interior del coche.

—Si vinieras con Frank —le dijo Billy—, te dejaría bajarte ahí mismo, y podrías venir a pata.

—Pero no voy con Frank, ¿verdad, Billy? —replicó Jordan con sequedad.

Entonces se le ocurrió una idea.

Qué va, no podía hacer eso.

Aun así lo hizo.

Antes de que le diese tiempo de cambiar de opinión, Jordan tiró del freno de mano, apagó el motor, puso las luces de emergencia y se bajó del coche.

—¡Billy, envíame a alguien al vestíbulo con unos auriculares con micro! —gritó mientras se arrancaba el otro tacón y lo tiraba dentro, junto con el primero, el que se había roto.

Billy dijo algo más, pero Jordan lo dejó con la palabra en la boca, cerró de un portazo, echó a correr hacia la acera con un brazo estirado hacia atrás y apretó el botón del cierre con el mando a distancia de las llaves.

El Audi emitió un pitido.

2

Cole

El agente Cole Hundley de la Policía de Nueva York se quedó boquiabierto mirando a la mujer del coche de delante. Vio cómo se bajaba en plena calle Cuarenta y nueve, cerraba el Audi y salía corriendo por la acera después de dejar el coche en plena calzada, en medio de un atasco, bloqueándole el paso a su coche patrulla y Dios sabe a cuántos más detrás de él.

¡Pero qué narices...!

En serio, acababa de verlo.

Había sucedido justo así.

Además, estaba bastante seguro de haberla visto quitarse los zapatos, porque claro, ya puestos...

Extendió la mano y le dio un toque al botón de la sirena, que emitió tres pitidos muy sonoros.

Cuando la mujer volvió la cabeza, Cole se imaginó que se detendría en seco, que tal vez le pondría una especie de sonrisa avergonzada de disculpa y se subiría otra vez al coche, lo típico que hace la gente cuando la policía te pillas en bragas. Pero ¿qué hizo ella? Sonrió, le saludó y se largó calle abajo con los pies descalzos.

Supuso que se trataría de un coche robado. Esto podría explicarlo —era un buen coche—, pero la mujer no tenía pinta de ser alguien que roba un coche para darse una vuelta, no así vestida. Aun descalza, aquel atuendo decía a gritos que tenía dinero. Además, había cerrado el

coche. Digamos que la mayoría de los ladrones de coches no tenían las llaves a mano, precisamente. Rara vez cerraban un vehículo antes de abandonarlo. Y desde luego que no ponían las luces de emergencia. Esa mujer había abandonado su propio coche, en medio de la calle Cuarenta y nueve, en plena hora punta.

Y corría rápido. Ya estaba a media manzana de distancia, con la elegancia y las formas de una velocista entrenada.

Eran muchas las veces que Cole se había replanteado sus opciones en la vida en los doce años transcurridos desde que entró en el cuerpo. Por norma, lo que había de por medio eran las balas que le habían disparado, a veces cuchillos. Le habían mordido en dos ocasiones y solo una de ellas había sido un perro. En ambas tuvieron que pincharle. A otra gente le gustaba escupir. Esa no era una buena forma de arrancar el día, ni de cerrarlo. La agresividad verbal no escaseaba nunca. Una vez le atacó una mujer que solo llevaba puesto un trozo de papel de aluminio sujeto con cinta de embalar y que insistía en que Times Square era una compleja pista de aterrizaje que habían construido unos extraterrestres. Sería lógico sorprenderse al ver que una mujer deja tirado un coche de cien mil dólares en plena calle y se larga corriendo, pero no: en Nueva York eso significaba que era martes.

Cole echó el freno de mano, encendió las luces de color azul y rojo y, con una respiración profunda, se bajó del coche y salió tras ella.

Al pasar junto al autobús sintió que las cámaras de varios móviles dejaban de enfocar a la mujer para enfocarlo a él. Pasó por delante del Audi aparcado y llegó a la acera entre el caprichoso estruendo de pitidos de claxon que sonaban por todas partes a su alrededor.

Paradójicamente, de todas las cámaras que estaban grabando aquel instante en particular, la única que no funcionaba de manera fiable era el cacharro de dos mil dólares que llevaba sujeto al uniforme.